

sabrán alcanzarme la victoria. Sólo si volviese el nibelungo á obtener el anillo, perdería yo Walhalla. Únicamente quien maldijo al amor, puede valerse de la fuerza mágica del anillo para saciar su envidia afrentando á todos los nobles; obligaría á los valientes á pelear contra mí y con ellos me haría la guerra. Así, pues, mi mayor deseo estriba en arrancar al enemigo el anillo. Tal vez uno de los gigantes, á quienes en recompensa de su trabajo entregué el oro maldito, guarda el tesoro por el cual mató á su hermano. Á éste tendría que arrancar el anillo que yo mismo le entregué; pero no puedo luchar contra aquel con quien yo mismo cerré un contrato; sin poder alguno, sucumbiría ante él mi valor. Estos son los lazos que me atan: yo, siendo señor, me convierto en esclavo de mis promesas. Sólo un mortal podría alcanzar lo que me está vedado, un héroe á quien yo no ayudase, que extraño á los dioses, libre de su amparo, sin saberlo y sin plan ninguno, en defensa propia, sin consejo mío, ejecutase la acción que yo no puedo. ¿Dónde encontrar al enemigo y amigo que luche á favor mío y contra un dios? ¿De dónde sacar al hombre á quien yo nunca he protegido y que combatiendo en su propio favor me favoreciese á mí? ¡Oh divino oprobio! oh vergonzosa pena! Los disgustos me rodean. No diviso lo que espero; sólo me he creado esclavos! El libre debe obrar por su propia voluntad.

BRUNILDA.—¿Pero Segismundo el welsa no obra según su voluntad?

WOTAN.—Como un salvaje recorrí con él los bosques; le excité á batallar contra el consejo de los dioses; contra el furor de estos le defendió sólo la espada que le dí. ¿Cómo he de querer engañarme á mí mismo? ¡Cuán fácilmente descubrió Fricka el engaño! Me adivinó hasta lo más secreto; tengo que acceder á su voluntad.

BRUNILDA.—¿Apartarás de Segismundo la victoria?

WOTAN (*entregándose á la desesperación*).—Dueño fui del anillo de Alberto; codicioso, retuve el oro. Ahora me persigue la maldición. He de abandonar lo que amo, inmolar lo que quiero, engañar á quien en mí se fía. Lejos, pues, de mí, altivo esplendor y divina magnificencia! Húndase cuánto creé! Concluída está mi obra, sólo una cosa quiero aún, el fin... el fin... (*se para pensativo*) y del fin se cuida Alberto! Ahora comprendo el mudo significado de las atroces palabras de Erda: «Cuando el nocturno enemigo del amor en su furor engendre un hijo, cercano estará el fin de la divinidad.» Oí, que el enano domina á una mujer cuyos favores alcanzó con el oro. Una mujer esconde el fruto del odio; la fuerza de la envidia se revuelve en sus entrañas; ese prodigio ha logrado el que maldijo el amor, y yo que siempre lo adoré nunca he creado al libre que combata por mí! (*enfurecido*). Recibe, pues, mi bendición, hijo del nibelungo! Lo que yo más odio y más aborrezco, la pompa vana de la divinidad, te lego en herencia; que tu envidia la roa con ansia voraz!

BRUNILDA (*asustada*).—Oh dime, ¿qué será pues de tu hija?

WOTAN (*amargamente*).—Pelea leal por Fricka. Defiende su honor y sus juramentos. Apruebo su decisión. ¿Qué puede contra ella mi propia voluntad? No logré obtener un defensor libre; combate, pues, á favor de los esclavos de Fricka.

BRUNILDA.—¡Oh dolor! Retira, arrepentido, la palabra. Tú amas á Segismundo; por lo que te quiero, protegeré al welsa.

WOTAN.—Debes derrotar á Segismundo y dar á Hunding la victoria. Pon cuidado y pelea sin esfuerzo; despliega en el combate todo tu valor. Segismundo lleva una espada victoriosa. No caerá sin resistir.

BRUNILDA.—Nunca me obligará tu inconstante palabra á combatir contra aquel á quien me enseñaste á amar y que por sus esclarecidas virtudes te es tan caro.

WOTAN.—¡Ah, atrevida! ¿me ultrajas? ¿quién eres tú, sino una walkiria sujeta á mi voluntad? ¿Al consultar contigo me rebajé tanto que soy escarnio de mis propias criaturas? ¿No conoces, hija, mi cólera? Desespera de tu valor cuando aplastándote caiga sobre ti! En mi pecho guardo la cólera que en terror y desolación hundirían al mundo que un tiempo me sonrió. ¡Desgraciado de aquel á quien alcance! Tan sólo desgracias le acarrearía su temeridad! Por esto te aconsejo que no me excites, haz lo que te ordeno: rinde á Segismundo! Sea esta la obra de la walkiria.

(*Con precipitado paso desaparece por el lado izquierdo, en el monte.*)

BRUNILDA (*permanece largo tiempo aturdida y asustada*).—Nunca vi tan encolerizado al padre de las victorias, ni en el ardor de la disputa! (*Recoge y vuelve á ceñirse las armas*).—¡Cuánto me pesan las armas! ¡Cuán ligeras me fueron cuando me batí con gusto! ¡Con cuánta inquietud parto hoy á esa batalla ruín! ¡Oh dolor, mi welsa! En tu peligro mayor tengo que serte infiel!

(*Se vuelve y percibe á Segismundo y Sigelinda subiendo el desfiladero; observa un momento á los que se acercan y se va luego á la cueva donde está su caballo.*)

(*Salen Segismundo y Sigelinda; ésta corriendo; él intenta detenerla.*)

SEGISMUNDO.—Detente aquí, descansa.

SIGELINDA.—¡Adelante, adelante!

SEGISMUNDO (*La coge dulcemente*).—No más lejos ya, esposa querida! La dicha del amor te anima, y andas

tan deprisa que apenas puedo seguirte; sin pronunciar una palabra atraviesas bosque y pradera, y no pude detenerte. (*Mira fija y ávidamente delante de sí.*) Descansa, pues; habla conmigo, disipa la angustia que tu silencio me causa! Atiende; tu hermano te sostiene, tu Segismundo te acompaña!

(*La lleva, sin que ella lo advierta, al asiento de piedra.*)

SIGELINDA (*Contempla absorta á Segismundo con creciente embeleso; luego apasionada se abraza á su cuello. Al fin se levanta asustada, mientras Segismundo la tiene cogida*). Vete! Vete! huye de la mujer profana! Manchado está el brazo que te estrecha; deshonorado mi cuerpo. Aléjate del cadáver, suéltalo! Deja que se lleve el viento á la que deshonorada se entregó á ti, el hombre más noble que existe! Cuando la estrechó amorosa, porque adoraba á aquel hombre que despertó en ella amor, aun en medio de las más gratas alegrías, de aquella dicha encantadora, horror y espanto invadieron su alma; porque había obedecido á un hombre que sin amarla la retenía. ¡Suelta á esa maldita, deja que huya de ti; soy una mujer despreciable é infame! Suéltame, que soy indigna de un hombre tan puro; si nunca he de ser tuya, suéltame; sólo puedo ser causa de ignominia y vergüenza para ti.

SEGISMUNDO.—Pagará con su sangre el criminal; no temas, espera al enemigo; aquí ha de caer en mi poder; cuando hinque la espada en su corazón, estarás vengada!

SIGELINDA (*Se asusta y escucha*).—¿Oyes? ¿Oyes el sonido del cuerno que llama á la pelea? Gritos furiosos resuenan á nuestro alrededor y se esparcen retumbando por el bosque y la campiña. Hunding despierta de su sueño profundo; llama á las tribus y á los perros: los excita á que aullando pidan al cielo venganza para los perjuros! (*Rie como loca; luego, de pronto, se sobrecoge asustada.*) Segismundo, ¿dónde estás? ¿te veo

aún ? ¡ Hermano querido ! Deja que vea una vez más siquiera, brillar las estrellas de tus ojos ; no rechaces el beso de la mujer perdida ! Oye ! Escucha ! Ese es el sonar de Hunding. Sus jaurías se acercan armadas de formidables colmillos. Ninguna espada sirve contra estas manadas de perros feroces, tírala, Segismundo !... Segismundo, ¿ dónde estás ? ¡ Ah ! allí, ya te veo. ¡ Qué repugnantes cabezas !... Los dientes rechinan buscando carne ; no respetan tu noble mirada ; aquellas formidables quijadas te cogen por los pies... caes... la espada se te hace pedazos... el fresno cae... se quiebra el tronco !... Hermano ! hermano mío !... Segismundo... ah !... *(Cae desmayada en los brazos de Segismundo.)*

SEGISMUNDO.—Hermana ! querida mía !

(Escucha su respiración y advierte que aún vive. La deja que vaya poco á poco resbalando, de modo que al sentarse descansa su cabeza sobre su falda. En esta postura se quedan ambos hasta el final de la escena siguiente. —Largo silencio, durante el cual Segismundo se inclina con cariñosa solicitud hacia Sigelinda y posa sobre su frente un largo beso.—En esto, Brunilda ha salido despacio y solemnemente de la gruta, teniendo de la brida á su caballo, y se pára á poca distancia junto á Segismundo. Lleva en una mano espada y escudo, y con la otra se apoya en el caballo, y observa así durante un rato, silenciosa y pensativa, á Segismundo.)

BRUNILDA.—¡ Segismundo ! Levanta hacia mí la mirada ! Soy yo, á quien seguirás bien pronto.

SEGISMUNDO *(mirándola)*.—¿ Quién eres, di, que tan hermosa y severa me pareces ?

BRUNILDA.—Sólo me ven los que están condenados á muerte. En el combate tan sólo á los valientes aparezco: escojo para mí á quien me percibe.

SEGISMUNDO *(La mira un rato fijamente, baja luego pensativo la cabeza y se dirige al fin otra vez á ella, con gravedad)*.—¿ Á dónde conduces al héroe que te sigue ?

BRUNILDA.—Te conduciré al padre de las batallas que te ha escogido para sí ; te llevaré á Wallhalla.

SEGISMUNDO.—¿ Encontraré sólo allí al padre de las batallas ?

BRUNILDA.—Las almas de infinidad de héroes muertos te recibirán con júbilo.

SEGISMUNDO.—¿ Veré allí á Welsa mi padre ?

BRUNILDA.—Allí estará.

SEGISMUNDO.—¿ Habrá en Walhalla una mujer que cariñosa me reciba ?

BRUNILDA.—Las hay hermosísimas: la hija de Wotan te presentará la copa.

SEGISMUNDO.—Eres sublime : veo en ti á la hija sagrada de Wotan. Contesta á esta última pregunta : ¿ acompañará al hermano la prometida hermana ? ¿ abrazará allí Segismundo á Sigelinda ?

BRUNILDA.—Mucho tiempo debe respirar todavía aire de la tierra : ¡ Sigelinda no verá allí á Segismundo !

SEGISMUNDO.—Pues saluda á Walhalla de mi parte, saluda á Wotan, al Welsa y á todos los héroes ; saluda también á las niñas cariñosas : yo no te sigo.

BRUNILDA.—¡ Viste la abrasadora mirada de la wálkiria y tendrás que seguirla !

SEGISMUNDO.—Donde esté Sigelinda, en penas ó alegrías estará también Segismundo. Aún no me dió la muerte tu mirada : ¡ nunca me obligará á que no me quede !

BRUNILDA.—Mientras vivas, nada te obligará ; pero la suerte te forzará á ello. Para anunciártela he venido aquí.

SEGISMUNDO.—¿ Dónde está el héroe que tiene que vencerme ?

BRUNILDA.—Hunding te matará en el combate.

SEGISMUNDO.—¡ Amenázame con contrarios más fuertes que Hunding ! Si quieres llevarte un héroe, escoge al que espero vencer en el combate.

BRUNILDA (*meneando la cabeza*).—¡Óyeme bien! Á ti, welsa, te ha escogido ya el destino.

SEGISMUNDO.—¿Conoces esta espada? el que me la dió, me dió con ella la victoria: ¡á tus amenazas hago con ella frente!

BRUNILDA (*levantando mucho la voz*).—¡El que te la dió te condena ahora á muerte: le quita á la espada su poder!

SEGISMUNDO (*con pasión*).—¡Calla y no asustes á la que duerme! (*Se dobla hacia ella con cariño sin poder ocultar su dolor*.) ¡Oh dolor! oh tú, mujer adorada! la más desgraciada de todas las fieles! ¡Contra ti pelea en armas el mundo entero, y yo, el único en quien tienes puesta tu confianza, no puedo ampararte con mi brazo! ¿Á ti la más decidida, he de abandonarte en medio de la lucha? ¡Vergüenza para quien me dió la espada, ya que en lugar de concederme la victoria me condena al oprobio! ¡Si sucumbo en el combate, no quiero que me lleven á Walhalla! sosténme cuando muera!

BRUNILDA (*conmovida*).—¿Tan poco te importan las delicias eternas? ¿lo es todo para ti esta mujer que cansada y desfallecida sostienes en tus rodillas? ¿no hay para ti nada más sublime?

SEGISMUNDO (*mirando á Brunilda*).—Cuán joven y hermosa te yergues delante de mí; pero cuán dura y fría te siente mi corazón! ¡Si tan sólo para despreciarme estás aquí, vete, mujer cruel! Mas si quieres apacentarte en mi dolor y que regocije mi pena tu corazón envidioso, ¡sólo te pido que no me hables de las groseras delicias de Walhalla!

BRUNILDA (*muy conmovida*).—Veo el dolor que te traspasa el corazón; siento el pesar que aflige al héroe. ¡Segismundo, confíame tu mujer; yo la protegeré!

SEGISMUNDO.—Nadie más que yo la ha de tocar. ¡Si ha de morir, la mataré antes yo mismo, ahora que no siente nada!

BRUNILDA.—Escucha, ¡deliras! por el fruto que lleva de tu amor, encomiéndame á tu mujer!

SEGISMUNDO (*tirando de la espada*).—Esta espada que dió un traidor á un fiel; esta espada, que me hace traición, ya que no sirva para el enemigo, sirva para tu propio amigo! (*Blandiéndola sobre Sigelinda*). Dos vidas aquí te sonríen: tómalas, Nothung, espada envidiosa! cortalas de un solo golpe!

BRUNILDA (*en un arranque de compasión*).—¡Detente, welsa! Siga viviendo Sigelinda y Segismundo con ella! resuelto está; yo trueco la suerte del combate: á ti, Segismundo, doy la victoria y la felicidad (*Se oye á lo lejos el sonar de las bocinas*). ¿Oyes el toque de llamada? ¡preparate pues! fíate en la espada y combate con confianza: fiel te será y con ella la ayuda de la walkiria! En el combate volveremos á vernos!

(*Se va precipitada y desaparece con el caballo por un desfiladero de la derecha. Segismundo la mira alegre y animado. Poco á poco ha ido oscureciendo y densas nubes de tempestad bajan por el fondo y cubren los montes, el desfiladero y la cumbre de las rocas. De todos lados se oyen las llamadas de los ejércitos que durante lo siguiente van oyéndose más cerca.*)

SEGISMUNDO (*inclinándose hacia Sigelinda*).—Con mágica fuerza domina un sueño sus penas y su dolor. ¿Sería la walkiria quien al acercarse le proporcionó este dulce consuelo? ¿No puede, acaso, asustar una batalla semejante á una mujer llena de penas? Parece muerta, pero aún vive: á la infeliz la acaricia tal vez algún sueño agradable. (*Nuevos toques de bocina.*) Sigue durmiendo hasta concluir la batalla y sonríate la paz. (*La tiende suavemente sobre la roca, la besa en la frente y se va después de volver á sonar las bocinas.*) Prepárese el que allí me llama; Nothung le pagará lo que le debo.

(*Se va corriendo hacia el fondo y desaparece en la cima de las rocas entre densos nubarrones.*)

SIGELINDA (*soñando*).—¿ Ha vuelto el padre? Aún está con el niño en el bosque. ¡ Madre, madre! el valor me abandona: esa gente extraña no me parece ni amiga ni pacífica. ¡ Qué oscuros vapores! el aire pesa, el fuego abrasador se nos acerca, la casa arde, ¡ socorro, hermano! ¡ Segismundo, Segismundo! (*Relampaguea, un trueno espantoso despierta á Sigelinda, que se levanta sobresaltada*). ¡ Segismundo! ¡ Ah!

(*Mira con creciente espanto á su alrededor. Invaden el escenario tempestuosas nubes, mientras va acercándose más el toque de las bocinas*).

HUNDING (*cuya voz suena detrás de las rocas*).—Wehwalt! Wehwalt! Preséntate al combate, si no quieres que te detengan los perros

SEGISMUNDO (*desde el desfiladero*).—¿ Dónde te escondes, que pasé por delante de ti y no te he visto? ¡ Párate ya..., que te pueda encontrar!

SIGELINDA (*que escucha con mortal angustia*).—¡ Hunding, Segismundo! si les pudiese ver!

HUNDING (*sin vérselo*).—¡ Aquí, amante criminal: vengate ahora, Fricka!

SEGISMUNDO (*cuya voz suena, también ahora, en la cumbre*).—¿ Me crees aún indefenso? ¡ miserable! no me amenazas con mujeres, más vale que combatas tú mismo; sino, te abandonará Fricka! Mira; esta espada la arranqué sin temor del tronco que crece en tu casa; prueba ahora su filo!

(*Un relámpago ilumina la cumbre sobre la que se ven peleando á Hunding y á Segismundo*).

SIGELINDA (*exaltada*).—¡ Deteneos! matadme primero á mí!

(*Se precipita á la cumbre de las rocas: pero un rayo de luz que sale de la derecha pasando por encima de los guerreros la deslumbra de tal modo que la hace vacilar. Alumbrada por este resplandor se ve á Brunilda por los aires cubriendo con su escudo á Segismundo*).

BRUNILDA (*dentro*).—Dale el golpe, Segismundo; confía en la espada de la victoria.

(*Al descargar Segismundo á Hunding el golpe mortal, sale de la izquierda un resplandor rojizo de entre las nubes, y aparece Wotan por encima de Hunding y presenta la lanza á Segismundo*).

WOTAN.—¡ Atrás ante la lanza! Rómpace tu espada! (*Brunilda espantada retrocede al ver la lanza de Wotan. Al dar un golpe contra ésta la espada de Segismundo se rompe. Hunding hunde la suya en el pecho del indefenso. Segismundo cae. Sigelinda que ha oído sus últimos suspiros, dando un grito cae también desfallecida. Súbitamente se retiran los dos rayos de luz de ambos lados; reina profunda oscuridad: en medio de ella se advierte, aunque poco distintamente, á Brunilda que se dirige veloz hacia Sigelinda*).

BRUNILDA (*á caballo*).—¡ Voy á salvarte!
(*Coloca á Sigelinda sobre su caballo que estaba cerca del desfiladero y desaparece con ella. Se disipa la neblina del centro, y se ve á Hunding arrancando su espada del pecho de Segismundo. Wotan, rodeado de nubes, está detrás de él sobre una roca, apoyado en su lanza y contemplando con vivo dolor el cadáver de Segismundo*).

WOTAN (*después de un corto silencio, dirigiéndose á Hunding*).—¡ Vé allá, esclavo! arrodíllate ante Fricka: anúnciale que la lanza de Wotan ha vengado el ultraje. ¡ Vete, vete!

(*A su despreciativo ademán, Hunding cae muerto al suelo*).

WOTAN (*enfureciéndose de pronto*).—¡ Y Brunilda! ¡ Tiemble la infeliz! Cuán duro será mi castigo si llego á alcanzarla!
(*Desaparece entre rayos y truenos*).

TELÓN RÁPIDO